



SOCIOLOGÍA

LA DEGENERACIÓN Y EL AMBIENTE

Habla Taine y dice: *El ambiente tiene influencia decisiva sobre los caracteres.* Lo hace Max Nordau y expone: *Al nacer llevamos determinados los actos más típicos de nuestra existencia.* Coje la pluma Darwin y escribe: *La especie evoluciona eternamente.* Lombroso sostiene la siguiente teoría. *Los criminales son organismos degenerados.* Todos sabios eminentes, á más no poder, se contradicen unos á otros.

Indudablemente, cuando una teoría se pone frente de otra defendiendo opuesta tendencia, ha de existir error en una ú otra parte. Taine se compagina mal con Max Nordau; en cambio no hay manera de armonizar Darwin con Lombroso. ¿Quién está en lo cierto?

No es de extrañar que esto acontezca entre filósofos, naturalistas y antropólogos, cuando los mismos criminalistas se dan de coscorrones. Hay sociólogos criminalistas y no faltan antropólogos criminalistas también. Los unos defienden la teoría del hábito; los otros la del órgano. Aquéllos creen que la causa del mal está en las costumbres; éstos dicen que reside en los organismos. ¿Qué sabrían los criminalistas si supieran fisiología? Que la función hace el órgano ó, lo que es lo mismo, que el ejercicio del mal forma aptitudes para continuar practicando la maldad. Entonces aquellos sabios no podrían dividirse en dos escuelas, porque no habría criminales. Habríase de confesar que el delincuente no es un producto orgánico, ni un producto atávico; sí, social, ya que la sociedad es la que nos ejercita á las malas acciones y, por consiguiente, la que forma los órganos que nos disponen bien para el crimen.

El hábito de la guerra hace al guerrero insensible á la muerte del adversario y lo educa para la destrucción. La costumbre de operar realiza el mismo fenómeno en el cirujano, preparándolo mejor para la profesión que ejercita. El trabajador sobre los andamios habitúa al albañil en el peligro y lo dispone para desafiarlo. La costumbre de robár prepara al ladrón en el robo, borrándosele toda moralidad.

ilegal de la profesión que ejercita. Así, pues, el hábito del mal á que nos obliga una sociedad mal organizada, crea en nosotros disposiciones para explotar, engañar y corromper.

La función crea el órgano dice la fisiología, y obedeciendo á ciertos ejercicios que á su vez obedecieron á otros tantos anhelos ó necesidades, tenemos los brazos y las piernas tal como lo han exigido determinadas funciones. Función, organismo, materia, he ahí todo. Hasta se estudia actualmente qué células cerebrales tiene á su cargo la memoria, cuales la voluntad y quienes son las que cuidan de la inteligencia. Un hombre habituado á montar tiene las piernas arqueadas y está mejor dispuesto que otro para mantenerse sobre la silla. Otro acostumbrado al bien reúne mejores condiciones para seguir practicándolo. De todas nuestras facultades puede decirse lo mismo, aún de aquellos que desempeñan ejercicios, al parecer menos materiales. Cuando más ejercitamos la memoria más memoria tenemos. El cerebro se desarrolla también según las funciones.

De esta manera, la práctica de la injusticia en cualquiera de sus caracteres que es nuestro pan de cada día, predispone el cerebro á la ingratitud, al rencor, al odio, á todo lo bajo y grosero. ¿No es de suponer que el funcionamiento de la justicia nos hermanaría con las acciones elevadas y generosas?

Se llega á la importancia capitalísima que el ambiente tiene en las acciones humanas, sin que valgan herencias ni atavismos cuando se dá con un ambiente poderoso. Sujetando un niño que haya nacido con las piernas arqueadas, á un ejercicio que las éxiija derechas, el ejercicio vencerá á la herencia. De la misma manera, si un hijo de salvaje, obedeciendo á la ley de herencia, nace cruel y sanguinario, ejercitándolo á la bondad, el ambiente vencerá á la herencia. Si ciertos ejercicios educan nuestro cuerpo, otros han de educar nuestro cerebro.

El hecho de que la mayoría de los criminales, criminales aceptando la palabra corriente, sea gente humilde é ignorante, puede suponer y supone concurrencia de ambiente y de herencia. De herencia, porque sus antecesores debían ser peores también y de ambiente porque viven con poca instrucción y con mucha escasez. Será delincuente por herencia el harto que roba un pan; no si lo roba un hambriento. ¿Hay muchos ladrones que tengan satisfechas sus necesidades? Los que roban para satisfacerlas no son criminales y si lo fueran, constituyéndolos una sociedad que permitiese satisfacerlas, dejarían de serlo. ¿Y los que matan para algún lector. Si un asesino mata sin accidente, este será criminal. Este dando el móvil á que ha obedecido todo derramamiento de sangre ajena, lo vemos nacer de las condiciones sociales, incluso la sangre que derrama el verdugo y el guerrero, no menos de apreciar que la otra.

Rencor contra los que atacan mi ley; rencor contra los que atacan mi patria; rencor contra los que persiguen mi ideal; rencor contra el que roba mi herencia; rencor contra el que mancha mi honra. ¿De dónde nace ese mundo de odios y de malquerencias? De una sociedad que descuida la vida individual y que, como hemos dicho, hace indispensable todo medio inoble para asegurarla. Así como el que vive en la abundancia no roba un pan, así tampoco ataca la vida ajena que puede satisfacer su cerebro y su cuerpo. ¿Que hay quien daña intereses ajenos y por tal motivo merece ser castigado? Pues hagamos que estos intereses sean de todos y no lo merecerá. ¿Que hay quien persigue ideas que otros sostienen?

... Pero respetemos todas las ideas y va...

habrá rev...
ni herenci...
¿Dónde...
darla en...
la sinrazó...
mo que tu...
minal», d...
quintos in...
donde se l...
tos menu...
tadrático

Por lo...
los sanos...
seres prim...
es decir, ...
generació...
generació...
que sería

Si los...
cuando h...
teno ó de...
mo ni siq...
se á sí m...
efectos.

No es...
ven los v...
casos de...
las causa...
ración de...
para ser...
dad del c...
los que p...
diciones...
ha de ha...
fluencia...
de agen...
bios ¿có...
buenos?

Darw...
condido...
será este...
poco el...
ambien...
dente h...
clar la c...

habrá revoluciones. Fuera que estuviese la *necesidad* no habría hábito, ni órgano, ni herencias.

¿Dónde fundar entonces la criminalidad? No por eso Lombroso *dejaría* de fundarla en la degeneración ni Conanjini en el atavismo. ¿Precisa dejar más patente la sinrazón de estas teorías? Lo harán sus propios autores. En un trabajo del último que tuvo por objeto combatir las teorías de Lombroso, titulado «*Sociología criminal*», demuestra que en las regiones de Italia en las cuales se presentan más quintos inútiles por defectos de construcción eminentemente degenerativa, es allí donde se registran menos crímenes. En cambio entre los habitantes sanos y robustos menudean los hechos punibles. ¿Quién ignora los pelos y señales con que el catedrático de Turin *demuestra* el carácter degenerado de *todo* criminal?

Por lo demás, aquí hay una contradicción enorme. Si los hombres del campo, los sanos y robustos, los que por sus costumbres y sus hábitos se asemejan á los seres primitivos, son los más morales y bondadosos ¿cómo hallar en el atavismo, es decir, en el antecesor el origen de nuestras salvajadas? Por otra parte, si la degeneración fuese la causa del crimen ¿acaso no es la sociedad la causa de la degeneración? Que responda la higiene, la medicina la fisiología, no la sociología que sería harto sospechosa.

Si los ríos vuelven á sus antiguos cauces, ó á unos que recorrieron siglos atrás, cuando hallan los nuevos obstruidos; si los hombres vuelven á comer pan de centeno ó de maíz, un año que por sequía ó escasez falta el trigo ¿supone eso atavismo ni siquiera imitación? No. La naturaleza ni puede ser atávica ni puede imitarse á sí misma. Supone sencillamente que se repiten causas y han de repetirse efectos.

No es el decadentismo de hoy un atavismo ni una imitación del romano. Vuelven los vicios, vuelven las costumbres y han de volver los mismos organismos escasos de vida y de energías. Así como se repiten las dolencias, porque se repiten las causas ¿puede repetirse la misma estructura cerebral? No; porque la configuración del cráneo es el resultado de la evolución en conjunto y es una condición para ser más ó menos inteligente, no para estar más ó menos sanos, aunque la bondad del cuerpo influye en la rectitud de nuestros juicios. Pero ¿son todos sabios los que *podrían* serlo? No; como tampoco son buenos todos los que reúnen condiciones. Luego independiente de nuestro modo, orgánicamente considerados, ha de haber una influencia exterior que nos sujeta á sus condiciones y esta influencia es el ambiente. ¡Cuántos cerebros superiores se habrán perdido por falta de agente científico! Y si se pierden las disposiciones que reunimos para ser sabios ¿cómo no considerar que han de perderse también las que reunimos para ser buenos?

Darwin ha dicho: (1) «*Muchos caracteres susceptibles de evolución duermen escondidos en cada ser organizado esperando un accidente que los despierte.*» ¿Cual será este accidente? No puede ser la herencia, porque la llevamos al nacer; tampoco el órgano, porque nace con nosotros ó se forma con nosotros. Ha de ser el ambiente y el ambiente es la sociedad. Además, si en muchos caracteres el accidente ha de iniciar la evolución ¿no es de suponer que en no pocos habrá de iniciar la degeneración? De nuevo encontramos á la sociedad árbitra del bien y del

(1) Variación de los animales y de las plantas.

mal, como lo es del saber y de la ignorancia. Por todos lados á ello se convergen. El ambiente es el perverso, no el hombre. Este es dócil instrumento de lo que rodea.

FEDERICO URALES.

DEL AMOR

Si fuera el objeto de mi trabajo tratar del amor tal y como lo estudian los genios del romanticismo, bastaría que me inspirara en las figuras de Romeo y Julieta, de Isabel y Marcilla para salir airosa en mi tarea. Si quisiera mostrar puras emanaciones dimanadas de un amor en su primera esencia, cobijado bajo el manto de una naturaleza por todos conceptos bella, armoniosa, elocuente, y deleitándome, en el tierno idilio de Pablo y Virginia lograría mi deseo. Si pretendiera que mi trabajo remontara tan alto vuelo que se elevara hasta las regiones empíricas del amor explicado por filósofos, iría á profundizar allá, en lo íntimo de sus átomos cenizientos, el que sentían Abelardo y Eloisa. Si creyera necesario sublimizarlo, alto, muy alto, tanto, que la grandeza humana apenas lo conociera, removería los restos de la poetisa Safo para popularizar de la manera con que él dejan subyugarse los que son verdaderamente grandes. Si pretendiera ensalzar el amor sensual, saldría á escena el que Leandro debía sentir por Hero; y por último, si quisiera demostrar que el amor es el más democratizador de todos los ideales, pues prescinde de razas, de clases y de religiones, buscaría entre los viejos pergaminos que tratan de *las cruzadas* algún chispazo que me recordara los amores de Matilde y Malek-Adel, la monja y el mahometano, que de sobras debió haberlos habiendo hombres y mujeres. Pero como hay que prescindir de episodios más ó menos novelescos que toda persona lleva en sí, no concretándose á casos morbosos que esta sociedad nuestra nos presenta, hijos del temperamento, de la educación y de la preocupación de cada cual, sino ahondando el asunto, en la realidad implacable, desnaturalizada á veces, pero siempre lógicamente tangible; he ahí que mi trabajo encuentra escollos algo infranqueables que de la cultura salga como quisiera.

¿Es que no creo en el amor? Para contestar, basta haga mías las palabras de Madame Staël: «El amor es la historia de la vida de la mujer y un episodio de la vida del hombre.» Lo que dificulta mi trabajo es que metiéndome en intrincados laberintos, mis cavilaciones me llevan á reflexionar si el amor debe sentirse y mantenerse por deber, ó si se deben seguir los impulsos de la naturaleza, amando cuando uno se siente atraído hacia una persona y cambiando cuando esta atracción ha desaparecido; si el amor es una cosa independiente de las relaciones sexuales, si está tan íntimamente ligado con ellas que el más pequeño deslíz es motivo suficiente para que desaparezca; si la familia es consecuencia natural del amor humano ó una institución hija del sistema capitalista que seguirá el mismo fin que éste; en fin, me engolfo en tales honduras que á la postre tengo que exclamar: hay que temer que «en la variedad puede hallarse la dicha» que si así es no hay que cohibir á la naturaleza con vanas fórmulas é hipocresías, sino dejarla

camino libre y llano, que no por existir esta en otras razas ya de animales inferiores ya de humanos, la raza degenera.

Aunque sea este un tema en que los sociólogos y psicólogos dan distintos pareceres, yo tengo el mío, que por serlo, podrá ser humilde, pero no deja de ser producto de un ser pensante. Sé—afortunadamente—que esos amores platónicos que se contentan con los recuerdos para llenar el alma, la vida, el *todo*, son hijos de la preocupación moral antinatural que aún nos domina, pese á nuestra decantada despreocupación y al íntegro materialismo nuestro. No hay amor sin deseo, y sin este requisito indispensable, no es amor.

El amor á más de ser la palanca que mueve los mundos del sentimiento, es un aliciente progresivo. En el pasado guerrero y belicoso, el amor formó los héroes, en el porvenir su misión es perfeccionar la raza, física é intelectualmente. ¿De qué no es capaz el hombre para agradar á la mujer amada y vice-versa? Me parece ver ya la sonrisa irónica de los empedernidos escépticos, ridiculizando el sentimentalismo mío. No importa. Incapaces ellos de apreciar los dones de la naturaleza por haber consumido las energías vitales en la lucha licenciosa del vicio y la orgía, hijos espúreos de una civilización decadente que está condenada á desaparecer, por mucho que se vele por ella, como lo estuvo la de la Babilonia bíblica, tras las bacanales de la lascivia asiática, no pueden comprender, que si algo grande, entero, dulce, atractivo queda en esas regiones tan mal paradas por el derecho y la justicia histórica, es precisamente el amor tal y como lo concebimos nosotros, libre de cadenas que lo esclavicen, lazos que lo subyuguen y Códigos que lo enmudezcan. El amor es un sentimiento y como tal imposible de cohibir, puesto que si dos se aman con ó sin formulario alguno se amarán, sino pueden á la luz del sol, valiéndose de la obscuridad de la noche; si llegan á aborrecerse y alguna fuerza exterior impide su separación, se engañarán mutuamente, sino se maltratan é insultan; y es un sarcasmo á la naturaleza y á la libertad humana reglamentar el amor como se reglamenta cualquier organismo funcional público. Además, si las costumbres fueran tales que obedecieran á las trabas que la legislación impone, sería tonto y ridículo y con razón podría llamarse loco, al que tal intentara reformar; pero como dice muy bien el Sr. Pí y Margall, «que la monogamia sólo está en las leyes, reinando la poligamia en las costumbres» precisa hacer caer la máscara de los que hipócritamente se parapetan tras el derecho vigente, verdadero alcahuete que encubre su vida licenciosa.

Si procuramos conservar viva y palpitante la chispa de la pasión sana y robusta del amor, es porque creemos que será más bueno el hombre cuanta más felicidad posea. Y que es perfectamente imposible ser feliz con trabas y sujeciones que quieran encauzar el amor, pruébanlo abundantemente los casos de incesto, de estupro, de onanismo que registra todos los días la sociedad y la disconformidad de caracteres que á producir algo, producen el choque violento de las pasiones, y para romper el yugo conyugal ó para vengar el adulterio acabar en catástrofes tales como el del pistoletazo del protagonista de Sellés en *El Nudo gordiano*.

La deducción lógica de todo lo antedicho no puede ser otra, pues, que el amor debe ser libre y que sólo las partes interesadas son las que deben pactar en que condiciones han de efectuar la unión.

Para concluir voy como en las novelas á hacer un epílogo.

Tal anacronismo en casi todo ser humano existe que, por obras, hechos ó escritos no podemos juzgar á nadie respecto lo que es ó lo que piensa y siente, pues cada uno tiende á apartarse de su realidad; así los materialistas idealizamos y los idealistas se materializan. Cosa esta que se explica naturalmente, ya que los idealistas, hartos de romanticismo y platonismo, prueban y necesitan de sensaciones materiales que acaban en un grosero sensualismo, y los materialistas no se contentan ni quieren darse sólo satisfacciones instintivas y brutales, si que en la materia buscan y encuentran poesía, amor, belleza, cuantas sensaciones morales necesita para vivir todo ser bien organizado.

Nada de extraño tiene que yo defienda teorías que creo sanas y que en cambio me sujete á las más rudimentarias de la sociedad actual.

SOLEDAD GUSTAVO.

ANTINOMIAS

El trabajo es el esfuerzo que realiza el individuo para responder á sus necesidades más perentorias, á sus menesteres más imprescindibles.

Trabaja el hombre para proporcionarse medios de vida, placeres, ilustración y recreo. El trabajo es, pues, la bienhechora *fuerza de Juvencio*, fuerza maravillosa en la que se rejuvenece la Humanidad en benéficas y sublimes renovaciones.

El capital no es otra cosa que el resultado del trabajo generado por las clases productoras. Luego el capital es de los trabajadores que lo produjeron y sigue produciendo en las laboriosas y penosísimas gestaciones del trabajo diario.

Mientras el capital esté acumulado en las manos mercenarias y usurpantes de los explotadores, mientras el capital no pertenezca única y exclusivamente á los que lo producen, todo será anormal en el mundo y en vano intentaráse la depauperización de las llamadas «clases indigentes», pues que todo negro infortunio y toda lamentable crisis social, estriban en la anormalidad apuntada de hallarse bifurcados el *capital* y el *trabajo*, cuando, para bien de la humanidad, deberían estar armónicamente adunados, sirviéndose de mútuo complemento en los desarrollos y desenvolvimientos ascendentes de la prosperidad social. El capital en poder de los explotadores del trabajo humano, en las manos infecundas y disolventes de los grandes acaparadores de todos los sociales privilegios, no puede producir otros efectos que los que fatal é ineludiblemente produce, esto es, *la ruina de la sociedad*.

Aquí, dentro del perturbado régimen social en que vivimos, donde los capitalistas hacen mangas y capirotos de todo, produciendo sin ton ni son y descuidando en absoluto la prudente armonía que debiera existir entre las necesidades del consumo y las producciones del trabajo; en esta sociedad imprevisora, repetimos, donde todos los explotadores cúidanse, con afanes desmedidos, de que aumente la cifra de la producción al par que, por la negra ley del salario, caen en el mortal efugio de limitar, hasta lo inverosímil, las proporciones graduales del consumo, lógicamente pensado, no puede suceder otra cosa que la ruina de todos, pues que nadie se cuida de seguir una norma bienhechora que tienda á determinar, por

modo indefectible, la depauperización de los que sufren las miserias y privaciones de la escasez y del hambre, proporecionándoles medios hábiles de consumir como y en la medida que es digno.

Así, pues, quien se afane en procurar á los hombres un mejor modo de consumir, ya procurando la elevación de los jornales, bien disminuyendo las horas de la jornada del trabajo diario ó rebajando el valor de los alimentos, trabaja en pro de la prosperidad social en todas sus diversas fases y gradaciones, ya que todo aumento de consumo (gasto de productos), habrá, lógica y necesariamente, de traslucirse en fecundo é inagotable manantial de tangibles riquezas.

Para producir, es preciso consumir. Los absorbentes tentáculos del consumo, no disuelven los elementos de que se nutren; los reproducen, los aumentan y multiplican de un modo asombroso en las maravillosas *matrices del trabajo*, en los portentosísimos *ovarios de la producción*.

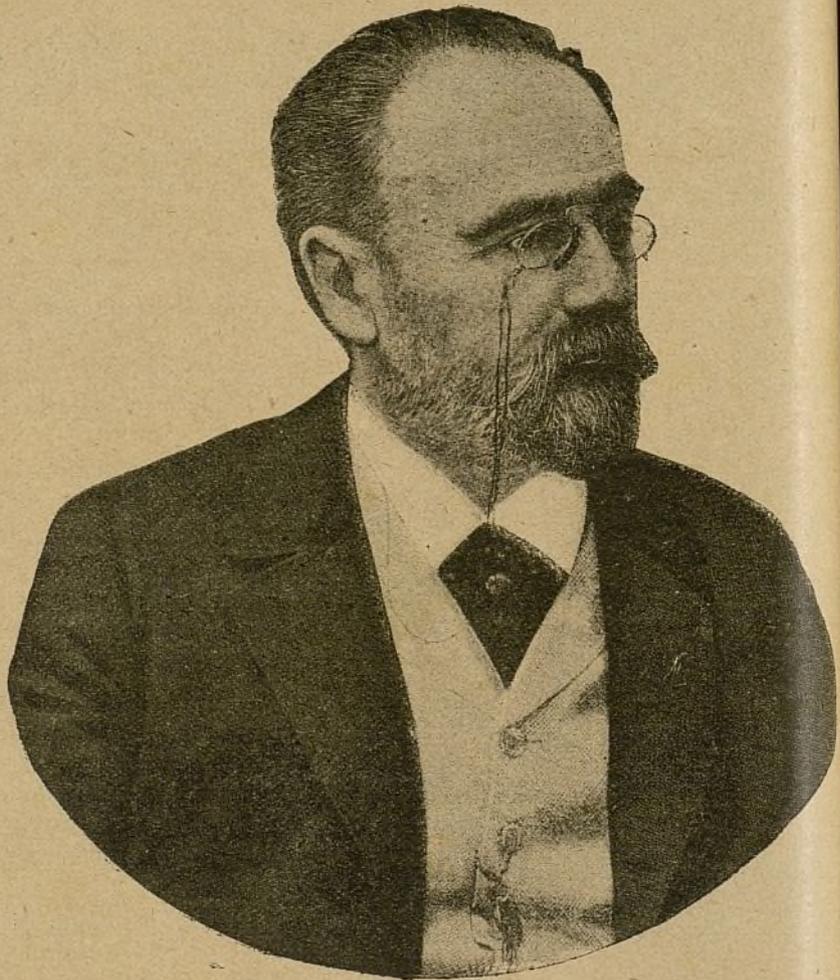
Pero si no se les proporciona en la debida abundancia elementos fructificantes que consumir, si á los absorbentes tentáculos del consumo, no se les dá cuanto necesitan para su perfecto funcionamiento, faltas del licor vital y fecundante, las matrices del trabajo se secan y se tornan estériles los reproductores ovarios de la producción. — Hay, pues, que alimentar al obrero, elemento sublime del trabajo, si se desea fomentar la riqueza y el bienestar de la sociedad, porque si el obrero no consume con prudente abundancia, secas las fuentes del consumo, morirán, ó vivirán vida anémica y desastrada, todos los grandes núcleos de la producción.

Pero hoy no se entiende la cosa así, y sólo se desea producir en abundancia y al menor coste posible, agostando, por tanto, las fecundas fuentes del consumo, ni más ni menos que si los productos derivados del trabajo, valieran para otra cosa que para fomentar con su reparador influjo, las fuerzas intensivas y extensivas de la producción. De ahí las grandes crisis que nos amagan, de ahí las enormes y acervisimas penurias que nos consumen.

Cuando en una sociedad ocurre ésto; cuando hay hombres que disfrutan de ventajosa posición y otros que por el egoismo y la impericia de aquellos, vense envueltos en las negruras de una situación precaria y miserable; cuando, en fin, toda social *antinomia* impónese á *fortiori* á los opresos y explotados en beneficio y provecho de los explotadores y tiranos, ¡qué mucho que los pueblos esclavizados, cansados de sufrir, sueñen con la liberación bienhechora de las *nivelaciones* económicas!...

DONATO LUBEN.





Emilio Zola. (1)

Publicar un bosquejo de vida tan accidentada y activa como la de Zola, poco menos que imposible. Pero hemos creído que el nombre del insigne novelista había de figurar á la cabeza de la sección que hoy inauguramos. Zola representa una aspiración altamente humanitaria, encarna el espíritu nuevo, un espíritu que no ha reinado aún, que se sacrifica por un ideal de justicia como el de antes se sacrificaba por la patria y por la honra.

Con el número presente inauguramos esta sección por donde pasarán los hombres eminentes del mundo en Sociología, Arte y Ciencia como Bakunine, Engels, Kropotkin, Grave, Carlos Marx, Taine, Reclus, Lafargue, Heine, Marx Nordau, Darwin, Sebaste Faure, Jaurés, Hegel, Malato, Guesde, Pasteur, Ibsen, Sudherman, Tolstoi, Edison, Spengler, Pi y Margall, Shakespeare, Cervantes, Malatesta, Proudhon, Salvoochea, Voltaire, Hugo, Mme. Stael, Mme. Roland, Severine, Concepción Arenal, Luise Michel, Carolina Ronado, etc.

Ya
jo, Ro
neros
De
huma
No
ción;
At
genci
sus l
la pri
Al sa
to del
Vi
mostr
en un
de su
ción
pósito
á la p
Es
por e
treint
medi
libre
cos m
toria
L
Diari
toria
que n
habia
venic
Macq
brari
tubre
El
mien
mal y
impe
ticipa
dos e
descri
su gr
to. In
culto
Monc

Yo acuso es el guante que los soldados del nuevo mundo arrojaron á los del viejo, Roldanes y Cides de generaciones dadas á la defensa de lo grande, de lo generoso y de lo justo.

Decir que Zola es francés sería empequeñecerlo. Los genios pertenecen á la humanidad como su espíritu y sus obras.

No han de ser franceses ni alemanes ni ingleses los que pasarán por esta sección; serán humanos sencillamente.

Aunque Zola á los veintiocho años había publicado ya seis tomos, su inteligencia no fué como la de Victor Hugo de precoz. Se conservan, no obstante, sus libros de colegial en cuyos blancos y márgenes se ven escritas poesías; la primera forma literaria que cultivó Zola y que cultivan casi todos los jóvenes. Al salir del Colegio compuso un poema, después otros dos que fueron complementos del primero y que forman una trilogía.

Vino más tarde la escasez, compañera de todos los hombres eminentes, á demostrarle la *perfección del mundo*. Por algunos años vivió sin lumbre y sin pan en una buhardilla. En medio de esta miseria material, manifestóse la grandeza de su inteligencia: concibió el plan de una obra poética que debía abarcar *la creación del mundo, la historia de la humanidad y el hombre del porvenir*. Estos propósitos son ya una orientación. La lectura de Flourens y de Zimmerman lo inclinan á la prosa.

Escribe un tomo de cuentos; entra en el periodismo, y da varias novelas sin por eso abandonar su obra magna. Había llegado la hora de destacarse; contaba treinta años y emprende la publicación de Rougon-Macquart, que es lo que *La Comedia humana* de Balzac y lo que los *Episodios* de Galdós. Siempre apurado, libre de la miseria, pero no emancipado de la escasez, pensó asegurarse 500 francos mensuales á cambio de una serie de novelas que había de componer la *Historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio*.

Los últimos meses del 68 y los primeros del 69 fueron para este proyecto. Diariamente visitaba la Biblioteca imperial tomando notas de fisiología y de historia natural. *El Tratado de la herencia natural*, por Próspero Lucas, fué el libro que más le sirvió en esta empresa. Trazado el árbol geológico de la familia que había de publicar en *Una página de amor*, contrató con el editor Lacroix. El convenio era muy complicado y no llegó á cumplirse en todas sus partes. *Rougon-Macquart* había de abarcar doce volúmenes; dos cada año, y en cambio Zola cobraría 500 francos mensuales. El segundo tomo, *La Ralea*, no apareció hasta Octubre del 72.

El novelista faltaba á su palabra, pero el editor no era más celoso del cumplimiento de la suya. Andaba escaso de dinero y la cantidad estipulada se cobraba mal y tarde. *La Ralea* tuvo muy modesto éxito. Si se hubiese publicado bajo el imperio, probablemente hubiera sido perseguida y entonces quizá se hubiese anticipado el triunfo que el autor obtuvo más tarde con *La Taberna*. Vendiéronse dos ediciones, pocas para pagar las molestias que la novela costó al novelista. Se describe en ella á una sociedad que Zola no había frecuentado. Necesitó de toda su grandísima intuición para presentar todo aquello del imperio sin errores de bulto. Interrogó cocheros, criados, tapiceros, lampistas, albañiles, arquitectos y escultores. El exterior del palacio de Mr. Ménier, instalado á la entrada del parque Moncea, sirvióle esta vez.

Después de *La Ralea*, Zola cambió de editor. El nuevo, Mr. Jorge Charpentier, compró á M. Lacroix el derecho de reeditar los dos tomos que habían visto la luz. El contrato estipulado con Mr. Charpentier, aseguraba á Zola 3000 francos por cada tomo, pero de ellos quedaba el editor dueño absoluto. En estas condiciones aparecieron *El Vientre de París*, *La conquista de Plassans* y *El pecado del cura Mauret*. El éxito iba aumentando á cada nueva obra, con la particularidad de que hacía crecer la venta de las anteriores. Zola, escaso de dinero, pedía prestado al editor á cuenta de los tomos que había de publicar, resultando que el capital recibido importaba más que las obras entregadas.

Un día se disculpó por esa diferencia en contra suya, contestándole el editor: «Mi querido amigo, no quiero robarle á V. Acaban de liquidar por orden mía los derechos de V. como autor á cuarenta céntimos tomo, y con esa liquidación le debo á V. diez mil y pico de francos. Aquí está su antiguo contrato, lo rompo y puede V. pasarse por la caja». Este rasgo del editor, único en su clase, influyó mucho en el ánimo del novelista.

Se dió al trabajo con más amor y constancia y puede decirse que preparó los éxitos futuros.

Volvamos á *La fortuna de los Rougón*. Tiene de particular esta novela, cuya acción pasa al principio del segundo imperio, que quedó interrumpida en *El Siglo* por la guerra y por la caída del régimen mismo que se describen, y que, á consecuencia de esta interrupción, se extravió el manuscrito.

No es para reseñar la angustia de Zola. Francia había perdido la Alsacia y la Lorena, pero ¿qué es esto ante la pérdida de un manuscrito para su autor? Después de haber buscado por todas partes más de seis meses, apareció el manuscrito encima la mesa del corrector de pruebas.

Aunque *El Vientre de París* es un estudio del pueblo, materia que el autor conocía en extremo por haberse educado con él en sus largos años de miseria, por eso dejó de ser penosa la tarea. Lápiz en ristre iba Zola al Mercado todos los días sin que fueran obstáculos el sol ni el frío, la lluvia ni la nieve. Por la mañana, por la tarde y hasta por la noche.

Al Mercado la pasó toda entera una vez para ver como llegaban los alimentos. Un empleado le hizo bajar á los sótanos paseándolo por todas las galerías y pasadizos.

Cuando tuvo los detalles de administración y de policía, por lo cual hubo de recurrir á la prefectura en donde fué mal recibido al principio, se decidió á escribir la obra.

Después de *El Vientre de París* pensó en una novela de pasión. Su editor le había dicho varias veces: *Haga V. alguna cosa menos atrevida dentro del arte*. Así siguió á la série *La Conquista de Plassans*, para la cual pocas notas tuvo que tomar. Cosa notable: ese tomo fué el que se vendió menos y aun después de los triunfos de *La Taberna* y de *Nana*, *La Conquista de Plassans*, se quedó muy atrás. Sigue *El pecado del cura Mauret* que es otra orgía artística. Jamás se imitó al *Genesis* tan magistralmente. La parte mística de la obra, aquella que se refiere al culto de María, está tomado de libros escritos por jesuitas españoles. Hay trozos casi textuales de la *Imitación de Cristo*. Un clérigo que ahorcó los hábitos le sirvió de mucho. Las mañanas pasadas en un rincón de Santa María de Batignolles, anotando los menores movimientos del sacerdote, sirviéronle para

dar á esta obra aquella sorprendente realidad que ostenta. Vino después *Su Excelencia Eugenio Rougon*. Aquí Zola tuvo que repetir sus cualidades adivinatorias. Jamás había presenciado consejos de ministros, ni hablado con Napoleón tercero ni asistido á bautizos imperiales y sin embargo á estos actos asistieron los lectores de *Su Excelencia Eugenio Rougon*. La lectura de la obra de Flaubert, *Recuerdos de un ayuda de cámara* y los meses que había cuidado de la crónica parlamentaria de *La Campana*, desempeñaron gran papel en la composición de esta obra. No se logró por eso el ruidoso éxito apetecido. Este llegó en *La Taberna*.

Había visto de cerca al obrero laborioso, al mozo honrado y al matón de burdel. Asistió á bodas, á entierros, á francachelas. Visitó lavaderos y fraguas y pasaba noches y días en medio de borrachos y de timadores. Esta fué la gestación de *La Taberna*, séptima novela de *Los Rougon-Macquart*.

La Taberna empezó á salir de folletín en *El bien público*, diario democrático del cual Zola era crítico teatral. Esto le valió diez mil francos. El folletín no proporcionó suscriptores al diario. Al contrario, sobre su director llovían cartas de censuras por haber consentido la publicación de *La Taberna*. La opinión contra el folletín fué tan formidable que *El bien público* tuvo que suspenderlo. El diario se iba. Cástulo Méridés, que dirigía *La República de las letras*, pudo continuar la publicación de la novela y bien pronto reembolsóse con creces los miles de francos que había entregado al autor. Cuando *La Taberna* apareció en las librerías, fué el disloque.

Se acercaba la hora de *Nana*, retrato de la prostituta moderna, al rededor de la cual gira la embrutecida burguesía. Era preciso conocer al dandy y al calavera, al noble y al banquero.

Conocía Zola el vicio de figón y de los cuartitos reservados de las casas de huéspedes; pero no el de alto copete. Era preciso enterarse. Esta vez fué institutriz un viejo calavera que se confesó con Zola en el Café inglés. Y supo que la prostituta de alta alcurnia, se deja querer por un hombre que paga y por otro que cobra; enteróse también de la conducta usada por la cortesana con criados y acreedores. Zola, que no iba á parte alguna, se hizo invitar á casa de una *cocotte* á la moda. Exigía de los amigos explicaran sus aventuras amorosas los que las habían tenido. De *Nana* se tiraron de una vez 55.000 ejemplares, pedidos ya todos entre París, provincias y extranjero.

Para seguir paso á paso la obra literaria de Zola, se necesitaría un espacio mayor del que dispone LA REVISTA BLANCA. Lo necesitaría *Germinal* por sí solo y detrás de *Germinal* ¡cuántas obras quedan aún inmensas en detalles y en conjunto!

Por lo demás Zola llegó á *Nana* sentado en la cúspide que le ofreciera *La Taberna*.

El porvenir literario y económico es pan con tortas. ¿Para qué describirlo? No hay en adelante el mérito que queda detrás. Sólo lo alcanza en nuestros días.

Vino el mercantilismo en *La Olla*, la lucha económica en *Germinal*, la guerra en *La Débacle*, la fé en *Lourdes*, la irreligiosidad en *Roma*, el ideal en *París*. Y en todas estas obras ¡qué grandeza de exposición, qué lujo de detalles, cuánta realidad en los caracteres! Bella coronación de esa obra magna, por su sublimidad á todas superior, es el *Yo acuso*. Allí podía verse el afán de gloria hasta la necesidad de dinero; *Yo acuso* es diamante en limpio, es el sacrificio por el bien aje-

no, lejos de toda idea de recompensa; cerca de todo perjuicio. Engéndralo la esencia del hombre superior, la suma de todas las evoluciones; es el producto de un sin fin de humanidades. Ellas, grano á grano, han constituido esa mole intelectual que lucha por su individuo, uno cualquiera, que puede penar sin merecerlo. ¿Cuándo han hecho otro tanto los hombres? Jamás. ¿Cuándo han reunido condiciones para sentir tan fuertemente el peso de la injusticia? Nunca.

Por eso Zola es el tipo del hombre pensante. No se concreta con sustentar ideas generosas, ni siquiera con propagarlas; las practica en bien de sus iguales. No es artista solamente. En su alma hay *materia* de apóstol. Por eso el arte de Zola es hondo é ideista. Por eso el artista se supedita al pensador. Por eso es uno de los hombres más perfectos del siglo. Por eso esa sociedad imperfecta lo cuenta entre sus adversarios.

Nosotros que de cerca conocemos lo que cuesta luchar contra las preocupaciones de abajo y contra los privilegios de arriba, apreciamos la lucha gigantesca que representan las obras de Zola, casi todas dirigidas contra la hipocresía y concupiscencias de los poderosos y contra la ignorancia é inmoralidad de los humildes. Y es que para el hombre pensador, así pertenezca á las clases más opuestas, es igualmente despreciable el pueblo embrutecido que sus directores encanallados. Juntos forman el haz de leña conque se quema al mártir y la cruz donde se sacrifica al héroe. Felizmente no está lejos el día en que el sacrificio sea innecesario. La emancipación social se avecina. Pocos héroes quedan detrás de Zola.

¡Ojalá que fuese el último! Así lo desea LA REVISTA BLANCA en bien del biografado y de la humanidad.



PENSAMIENTOS

Hay un medio infalible para conocer á los hombres que han comprendido la importancia de la vida: son aquellos que nunca les falta un programa para mañana.

*
**

No es más justo el más virtuoso; lo es aquel que ama más á sus semejantes: la virtud es exclusivista, se reconcentra en una persona; el amor es más grande cuanto mayores beneficios otorga á los hombres.

*
**

Se manifiesta el necio por lo que de él dice; el sabio por lo que de él se habla.

U.



CIENCIA Y ARTE

ALGO SOBRE METROLOGÍA

Dáse el nombre de *metrología*, á la ciencia que tiene por objeto el estudio de las pesas y medidas usadas por los pueblos así antiguos como modernos, y el de sus relaciones y equivalencias.

La palabra *metrología* está compuesta de otras dos griegas: *metron*, que quiere decir *medida* y *logos*, que significa *tratado* ó *discurso*. Por manera que *metrología* equivale á *tratado de las medidas*.

Cualquier objeto, ya sea producto de la naturaleza ó de la industria, impresiona de dos maneras nuestros sentidos: 1.º por su extensión, su tamaño, su *cantidad*; y 2.º por su *calidad*.

La extensión tamaño ó *cantidad* se aprecia con relación á otras extensiones, tamaño ó cantidades de la misma especie. La longitud de un cuerpo se compara con otra longitud, su superficie, con otra superficie; su peso, con otro peso; las longitudes, superficies y pesos que sirven de medio de comparación en casi todas las naciones, las fijan la ley ó las costumbres. Por manera que se llama hoy *pesas* y *medidas* al conjunto de las adoptadas por cada país para servir de término de comparación en las operaciones comerciales, industriales, geodésicas. Las *medidas* se dividen en medidas de longitud, agrarias, de capacidad para líquidos y materias secas, de solidez, de peso, itinerarias, topográficas y monetarias.

La *calidad* de un objeto depende de los servicios que puede prestarnos en tal ó cual circunstancia determinada. De lo que se desprende que su apreciación no es fija, ni es exacta como la de su cantidad, pues depende de la necesidad, del capricho ó del gusto. La cantidad de una mercancía combinada con su calidad determina su *valor*, es decir, la cantidad de otra mercancía de calidad conocida, que constantemente se da ú ofrece en cambio.

Esta mercancía que regula, que *mide* el valor de las otras, en los pueblos civilizados es el oro y la plata en lingotes, cuya forma, aspecto, volúmen y peso fija la ley, y se llama *moneda*.

Primitivamente, los términos de comparación para medir los objetos, fueron tomados de la naturaleza, y corroboran esta versión los nombres aplicados á las medidas antiguas; las de longitud fueron el *pie*, el *brazo*, el *codo*, la *pulgada*, el *dedo*, el *palmo*; las de peso, el gramo de trigo ó de cebada; las agrarias, la *jornada* ó superficie de terreno que podía entonces sembrarse en un día de labor; las

itinerarias, el *paso*, la milla, (ó mil pasos) la *jornada*, ó sea camino recorrido por un peatón en un día de marcha; las de capacidad, la *concha* ó marisco, etc. etcétera. Dichas medidas, ni eran fijas, ni tenían entre sí relaciones directas; y para obviar tamaños inconvenientes, fué preciso que los sacerdotes y los jefes ó caudillos de los pueblos se abrogaran la prerrogativa de fijar las medidas, naciendo de ahí diferentes sistemas que nadie podía alterar sin ser acusado de crimen y castigado con severidad,

Las medidas de los antiguos, tales como las determinaron en sus leyes, no han podido llegar exactamente hasta nosotros, más por los libros y monumentos que nos legaron, se han podido estudiar y conocer los sistemas que unían estas medidas entre sí, dividiéndolas en partes alicuotas cada vez más pequeñas, y creando múltiplos de la *unidad-medida*, que se adoptaran á las necesidades de sus transacciones.

Conocemos sólo por sus nombres las *medidas* de los antiguos pueblos de Oriente, los cuales bastan para darnos idea aproximada de su valor. Tenían los hebreos como medida de longitud el pié, que era el de los cartagineses, fenicios, egipcios, etc., y más tarde hallaron entre los griegos y los romanos, sin que sea posible afirmar que hubiera conservado exactamente su valor primitivo. El pié *cúbico* (*bath* ó *épha*) era la unidad de volumen.

Las medidas principales de los griegos y romanos fueron las siguientes: la longitud del dedo (en griego *daktulos* y en latín *digitus*) y si éste era el pulgar *pollex*; de la mano (en griego *palaisté* y en latín *palmus*); la distancia desde la extremidad del dedo pulgar á la del meñique, abriendo la mano todo lo posible (en griego *spithamé*); la longitud del pié (en griego *pous* y en latín *pes*); la distancia que media desde el codo hasta la extremidad del dedo mayor (en griego *pechus* y en latín *cúbitus*); la comprendida desde una extremidad á otra del brazo cuando esta se abre completamente (en griego *orguia*); la longitud de un paso (en griego *bêma* y en latín *gradus*); el paso doble (*passus*) etc. Ocioso creemos manifestar que todas estas medidas, cuyo valor no ha podido exactamente apreciarse por su nomenclatura, tenían uno fijo y convencional, determinado de una manera fiel por tipos, modelos ó patronos elegidos con este objeto. Como vemos, la medida principal, la medida tipo elegida por griegos y romanos, fué el pié; pero varios sabios han creído que los griegos adoptaron pies de diferentes longitudes, lo cual no deja de ser muy probable si se atiende á que Grecia se fraccionó en pequeños estados independientes. Otros sabios, empero dados á esta clase de estudios, opinan que los griegos adoptaron uniformemente el mismo pié como unidad de medida, y que siempre se sirvieron del estado olímpico y del pie correspondiente al mismo; y el error de los que lo contrario opinan es debido á existir, en el siglo III de nuestra era, estadios cuya longitud es distinta del verdadero.

El espíritu analítico y profundamente observador de los tiempos que alcanzamos, timbre de imperecedera gloria que legará á la posteridad y estímulo poderoso para descubrir la verdad en todos los ramos del saber, ha trabajado con ahinco para averiguar cual pudiera ser la longitud verdadera del pie romano para determinar la del pié griego, medida tipo de la que derivan las demás y que nos daría á conocer el resto del sistema.

Hay quien opina que los egipcios fueron los primeros que trataron de fijar las medidas, con motivo de la construcción de sus famosas cuanto gigantescas pirá-

mides, y las continuas mediciones de terrenos que se veían precisados á hacer á causa de las frecuentes inundaciones del Nilo; añadiendo que sus medidas fueron adoptadas por los griegos y los más de los pueblos del Asia, en los que los romanos los encontraron y, adoptándolas, las conservaron más ó menos modificadas. Empero, la opinión más en boga es la de considerar indudable que el sistema de pesas y medidas que pasó de los griegos á los romanos, lo tomaron los primeros del sistema caldeo de Babilonia, implantándolo en la época de los poetas homéricos.

Entre eruditos, no faltan tampoco quienes, con razones más ó menos espaciosas, sostienen todavía que si bien es verdad que el sistema de pesas usado en la antigua Grecia, procedió de Babilonia, no sucedió lo mismo con el de medidas. Digan cuanto quieran esos eruditos, lo más generalmente admitido hoy, y lo más próximo á la verdad, parece ser que así el sistema de pesas como el de medidas de los griegos y romanos proceden de un mismo origen.

E. OLIVER.

ENSAYO SOBRE LA PERVERSIÓN

(Continuación).

El eco de voces interiores, la curiosidad de lo que está oculto en nuestro interior nos desvían efectivamente de la vida normal, pero no forzosamente en mal sentido. Somos desviados, *pervertidos* (y en este punto la etimología de la palabra es exacta y precisa) pero ¿de qué somos desviados y por qué fuerza?

Al considerar las distintas teorías que ha podido inspirar la eterna investigación de lo físico y de lo moral, es lícito pensar que existe para el hombre y para su destino dos sentidos diferentes. Por su organismo, sus recursos de sociabilidad, su energía, su manera de sentir, sus instintos, el hombre físico tiende á explicar su vitalidad en provecho de su raza y de su expansión, sus actos corresponden á motivos etnológicos, idénticos en sus semejantes. Obra en sentido *terrestre*. Pero su alma, aun cuando dirige su cuerpo, puede no emplearse toda en tal dirección. Los fenómenos de pensamiento directo ó reflejo que llamamos meditación ó ensueño, pueden realizarse excediendo nuestro interés físico ó evadirse de los cuidados de la raza en regiones muy diferentes. En los místicos por ejemplo, exceden de ello casi por completo y en el ser más materialista hay fondo para un místico puro. Basta una circunstancia cualquiera, ya en el encuentro de San Pablo en el camino de Damasco, ya la Júbubre aventura del Abate Ransé, yendo á visitar á su querida y encontrando su cabeza cortada sobre una mesa. Nadie está seguro de vivir sin ser repentinamente precipitado en una dirección de desinterés casi absoluto de la vida material. Solo exige para ello el alma despertar y emanciparse. Existe pues en el hombre, al lado del sentido orgánico y vital, un segundo sentido que conviene al alma y que no se circunscribe á la tierra, sino que se dirige al universo en su totalidad. Es un sentido *cósmico*. Sabe el cuerpo que se halla limitado á la tierra y que en ella debe encontrar cuanto necesita, pero el alma prescinde de tal restricción. Habita, según quiere, los planetas, el éter, las regiones de lo abstracto. Pueden estos dos caminos del cuerpo y del alma ser paralelos y lo son casi siem-

pre. Pero del hecho de que la inmensa mayoría de los hombres conserve tal paralelismo no se puede inferir que sea necesario, aunque implique el signo de la *normalidad humana*, pues á veces no coinciden ambos caminos.

Concibe el alma que la vida no está circunscrita á la tierra. Lo rechaza el cuerpo que no se admitiría por ejemplo comarca donde no rigiera la gravedad, faltaría la noción de la derecha y de la izquierda ó careciera de ázoe. Pero el alma lo acepta. No podemos figurarnos lo que sean los habitantes de Marte, si los comparamos con nosotros mismos, porque carecemos de los puntos de comparación fisiológica, pero nada se opone á que pensemos que los habitantes de Marte pueden vivir. ¿De dónde procede esto? Nos lo hará comprender una imagen muy sencilla. Concebimos la tierra surcada por meridianos que pasan por los polos magnéticos y sabemos que el número de los meridianos es geoméricamente ilimitado, pues se puede hacer pasar siempre uno por cualquier punto de la esfera terrestre. Imaginamos pues que todo ser vivo se encuentra siempre sobre uno de estos meridianos; por cualquier punto donde habite se puede hacer pasar uno porque le pertenece. Es una de las proposiciones elementales de los cabalistas cuando explican la relación magnética del hombre con el centro y los polos del globo. Cada uno tiene su meridiano individual, su destino terrestre y todos los destinos concurren necesariamente á los mismos lugares de conjunción. Pero fuera de la tierra y de sus meridianos, rigen leyes distintas, las de la gravitación universal, dentro de las cuales la tierra, magnéticamente atraída, gira como molécula infinitesimal. Las elipsis señalan los movimientos infinitos de los astros, son las grandes señales de una vida que no es ya la pequeña de la tierra esférica, sino la vida general; no coinciden completamente con nuestros meridianos, no existe entre estas completo paralelismo. Aunque no podemos concebirlas y aunque nuestro cuerpo no evoluciona según ellas, puede el alma imaginarlas. Es pues posible que nuestra alma siga una dirección y nuestro cuerpo otra distinta. Pueden existir seres, cuyo cuerpo evolucione según el meridiano terrestre y cuya alma evolucione según una curva de la vida general, planetaria, principio de la astrología.

En virtud de una divergencia creciente, tales seres comienzan á disociar sus actos inspirados por la curva general de aquellos otros que lo son por el meridiano, es decir, conformes con el instinto de la vitalidad terrestre. Existe desviación de los caminos y el ángulo de desviación es la medida del *fraude*, es la perversidad.

Desviados de nuestra misión humana por voces que no proceden de la tierra, nuestra personalidad es alterada. Estas leyes del universo que nos atraen y nos solicitan latían en el fondo de nuestra conciencia y las hemos escuchado; nos hemos inclinado hacia estos tesoros que brillan en el fondo. Nos ha dominado y atraído el vértigo de lo infinito. ¿Para empequeñecernos ó para exaltarnos, para el bien ó para el mal? En este punto es preciso distinguir los dos sentidos del *fraude* y admitir, como indicaba antes, dos perversidades distintas. El eco de las voces interiores produce dos consecuencias: la una es admirable, la otra es terrible.

Considerada desde este punto especial de vista, la perversidad es una enajenación del individuo, un dominio de lo infinito sobre el ser humano. Es una *despersonalización*. Puede obrar en una doble dirección según los motivos que la determinan, en el sentido de empequeñecimiento ó en el de la exaltación expresada. En ambos casos tiende á la exaltación del ser.

Si reviste la forma de la exaltación exagerada, impulsa poco á poco al espí-

ritu á elevarse por encima del cuerpo y á abandonarle. Se une el espíritu á la vida general, cósmica, se separa de todo para identificarse con ella, y olvida los intereses materiales para pensar únicamente en las investigaciones mentales. El hombre se desvía de la vida ordinaria. No es ya *normal*, en el sentido en que los hombres lo entienden. Es *preciso* en el sentido etimológico. Se desinteresa de la existencia específica y social de los tipos de su raza. Se halla dominado por una pasión particular, según la expresión de un gran poeta, su ambición consiste en «dar un sentido más exacto á las palabras de la tribu.»

Es el místico, el escritor, el artista, el filósofo, el hombre consagrado á lo infinito. ¿Pero condenaremos tal anormalidad del arte y del pensamiento? Como la sentención exclusiva de que el genio es la locura, nuestra condenación carecería de sentido. ¿Qué es la anormalidad ó la locura? Se ignora ante casos semejantes. ¿Es acaso antinatural toda superioridad intelectual? Sería pobre y nada envidiable la naturaleza. No, la influencia del sentido cósmico sobre el sentido terrestre puede exceder los límites de la vida *ordinaria*, pero es bella y fecunda y si no saludáramos tal locura y tal anormalidad, no hallaríamos nada venerable en la tierra. La perversidad en este sentido es nuestro esfuerzo más sublime. Lo que quiero hacer notar es que tal esfuerzo es una perversidad, un consejo interior, que desvía al hombre de las direcciones comunes á sus semejantes. Produce desarreglos físicos como la perversidad aplicada á los vicios. La austeridad extrema de Pascal, el éxtasis de Santa Teresa, de Bøeme, de Sweddenborg, las distracciones célebres de Ampère, la embriaguez de Poe, las alucinaciones metódicas de Quincey, como el caso de Hokusay «el viejo loco por el dibujo» son operaciones de la perversidad enteramente análogas á las aberraciones exóticas del marqués de Sade: concedámoslo á la opinión del vulgo y á los filósofos miopes. No les disputemos una victoria, cuya pérdida no nos molesta; sepamos únicamente dar á la palabra perversidad un sentido noble. En los hombres más admirables de nuestra raza existe atractivo de la corriente cósmica en detrimento de la normalidad del cuerpo; olvidan la tierra.

Don funesto y magnífico ¡vicio preferible á todas las virtudes de la modestia! Han mirado hacia su interior, han mirado demasiado y han caído en el abismo. Pero no habían mirado por curiosidad, por juego; poseían caras de santos y almas piadosas y han sido guiados á los caminos de la belleza. No han faltado á los deberes exteriores al hombre sino para cumplir mejor sus deberes secretos. El mago que, imponiéndose una castidad absoluta para fortificar su voluntad ascética, ha faltado al deber natural del macho, el ideólogo que, absorto en el estudio de lo trascendental, ha renunciado á la actividad política, industrial ó guerrera, son *pervertidos*, lo mismo que los aficionados á las irregularidades sexuales son *degenerados*, no debilitados en su género, sino desviados de él, degenerados á quienes la indulgencia irónica de los sabios del día concedía el epíteto de «superiores.» Pero los mismos grandes sabios, que observan toda su vida una planta, ó calculan la marcha de un planeta, un Ampere pueril en la vida ordinaria al punto de olvidar donde vive, un Edisson que no se acuerda por la tarde que se ha casado aquella mañana hasta que su mujer vá á buscarle al laboratorio, un Wronski, un Laplace, lo mismo que un Arquímedes que sale desnudo de su baño á la calle, gritando: «Eureka,» todos ofenden la razón práctica, faltan á tal normalidad, olvidan su sentido vital por el sentido cósmico.

Semejante es la del pintor, del escultor, del músico, desenvolviendo una cualidad del ojo, del oído, del tacto al límite de apreciar toda la vida por esta sola cualidad y complacerse con los matices y refinamientos de colores, modelos, materias ó armonías que no percibe la humanidad *normal*. Ningún desenvolvimiento imaginativo es normal y es preciso decir, que la única gloria que pertenece á sociedades fundadas en esta noción, es debida á los seres que la abandonan y que prefieren ceder á su demonio interior.

CAMILLE MAUCLAIR.

Traducción de U. GONZÁLEZ SERRANO.

(*Nouvelle Revue*).

(*Se continuará*).

ARTISTA HOMBRE

El joven Osvaldo estaba educado en medio de las comodidades que le proporcionaron sus padres, gente de regular fortuna; y no habiendo recibido otras inspiraciones que las de su hogar y las de sus profesores, no llegó á concebir más que la parte bella de la vida.

Por convicción y por pasión dedicábase á la pintura; estaba dando la última mano á un hermoso paisaje.

A los montes circunvecinos se fué una tarde festiva de verano, desde donde admiraba las bellezas de la Naturaleza, la cual le exaltaba la imaginación cada vez que de aquellos lugares la contemplaba. Subió por senderos y caminos extraviados hasta colocarse en el corazón de la montaña, formado por un tejido de gallardos pinos. Acompañaban modestamente á estos árboles, entre otras plantas, multitud de magníficas retamas que ya empezaban á desprenderse de sus aromáticas flores. Tiró de sus utensilios de pintor y sentóse en el ángulo de una roca, recostándose luego con cierta indolencia sobre la fresca hierba.

La tarde era espléndida; los espacios inconmensurables, por medio de su tono azul, reflejábanse en su vista, produciéndole como un vértigo de lo infinito; el sol esplendoroso enviaba sus rayos de oro por entre la copa de los árboles: los pájaros cantaban alegremente, ora dando saltos de una á otra rama, ora cruzando el espacio con rápido vuelo; continuadas ráfagas de fresco airecillo iban á multiplicar las delicias de aquel paraje. Osvaldo, rodeado por este maravilloso concierto de elementos naturales, hallábase poseído de intenso placer. Era forzoso en él: en días tan hermosos, como aquel día, no podía trabajar sin antes permanecer más ó menos tiempo, en semejante estado. Su pensamiento elevábase hacia las regiones del ideal. Forjaba en su mente mil planes diversos, cuadros maravillosos, sueños de gloria. Preparó sus chismes y principió su labor. ¡Y con qué fortuna echaba pinceladas!... Cada una que daba era nueva sensación para él. Absorto en su trabajo, hallábase desligado de toda solidaridad con la vida terrenal. Era un goce supremo de la belleza que, afectándole única é impetuosamente los sentidos, casi le anulaba el cerebro. Remataba el cuadro, y cuanto más avanzaba más le dolía llegar al fin de labor tan interiormente agradable. Por último concluyó. Arregló el estuche, plegó el caballete, y tomando caminos diferentes de los que antes había seguido, llegó á la soberbia carretera que conducía á la ciu-

dad, por la cual se deslizaba alguna que otra carretela, arrastrada por briosos caballos, de vuelta de alguna finca de los pueblecillos contiguos, y en las que había reconocido á importantes bolsistas y comerciantes de la población.

La noche se venía encima. Algo lejos divisábase la gran ciudad, con sus tejados y ventanas, campanarios y monumentos fantásticamente plateados por el astro nocturno. A cada instante iban surgiendo de la misma mayor número de neceitas.

Al entrar Osvaldo cerca un recodo de la carretera, le pareció oír algún gemido. Se acercó con precaución y pudo observar un objeto que se movía; aunque sin comprender lo que era. Tocó el bulto débilmente con el pie, notando que, del extremo derecho surgía algo semejante á cara humana. En efecto: era una anciana septuagenaria por lo menos. Pretendía cubrir sus carnes con mugrientos pingajos. Cerca de ella había una cesta desvencijada y sujeta por tiritas de trapos viejos de varios colores añadidas por nudos, la cual tenía dentro un fragmento de corteza de melón averiada. En su semblante descubriase á la mujer inteligente por naturaleza y avezada en el sufrimiento. En medio de profundas ojeras resaltaba más su vista penetrante y extraviada. De tan falta de carnes, saltábanle los pómulos; tendida como estaba parecía una visión. ¡Quién sabe si era una de tantas madres obreras que su paso por la tierra no es más que la peregrinación constante del dolor!..

Osvaldo le preguntó:

—¿Qué os sucede, buena mujer? La vieja miróle fijamente un instante sin decir palabra. Repitió la pregunta el joven que fué contestada muy débilmente: — ¡Ten... go!... ¡Tengo hambre!... — Osvaldo recibió una fuerte sensación. Instintivamente sacóse del bolsillo una moneda de plata, como para socorrerla, pero al darse cuenta de que en nada la aliviaría, arrojóla al suelo con rabia. Agachóse para levantar á la desgraciada mujer y llevársela á su casa; pero ella no pudo sostenerse: el desfallecimiento de su cuerpo era general. Osvaldo notó que la fiebre devoraba á la enferma; quizá el hambre le iniciaba terrible enfermedad. Tendióla en el suelo, y despojándose de la americana y del chalecho, hizo con estas prendas algo como una almohada que puso debajo la cabeza de la vieja á tanto que aguardaba que por el camino pasara alguien que le ayudase. Osvaldo estaba con violenta tensión nerviosa; las palabras dichas por aquella desheredada enferma que por lecho tenía á la tierra y á la luna tenía por luz, imaginábáse las careadas por los millones de hambrientos diseminados por el mundo.

Osvaldo, observando que la pobre mujer por momentos iba quedando más postrada, llamóla, y nada contestó. Hincóse aquél, é incorporándola apoyó en su brazo la cabeza de la vieja mientras que con un pañuelo en la diestra le enjugaba el tenue sudor de su rostro. La viejecita hizo movimientos extraños. Eran los espasmos de la muerte. Con un supremo esfuerzo asíóse fuertemente al cuello de Osvaldo y expiró.

Este quedó atónito, horrorizado al contemplarla muerta en sus brazos. La miró y remiró, pulsándola después. Efectivamente: ya era cadáver. Con un cuidado que no lo hubiera empleado mayor por su madre, la dejó en el suelo, horriblemente impresionado por haber tratado el hambre de cerca. La difunta vieja, con la boca algo contraída, parecía que vomitaba horribles maldiciones contra todo lo que no contribuyese á la desaparición de lo que toleraba monstruosidades semejantes.

Cogió presurosamente su ropa y sus estuches, dejando el cadáver de aquella mártir abandonado en la triste soledad de la noche, pues consideró sarcasmo inícuo tener que ir á notificar al juez lo ocurrido para que este recogiese á aquella víctima en manos de la ley sacrosanta... ¡cuándo ya había muerto por falta de pan!..., Osvaldo avanzaba con gran rapidez. Su cerebro ardía cual pavorosa fragua, con el que la injusticia de la tierra, á guisa de maldigno forjador, elaborábale pensamientos terribles, planes siniestros. Lo que de artista había tenido durante la tarde, entonces lo tenía de filósofo profundo; en pocos instantes había estudiado en el libro de la vida todo un curso de filosofía que le había hecho entrever un mundo de miseria completamente nuevo para él. Instintivamente sintió la necesidad imperiosa de solucionar con equidad la cuestión económica, causante principal de la humana desdicha y clave á su vez é indubitablemente de multitud de problemas morales.

¡Qué contraste había observado Osvaldo! Aún estaba fresquísima en su mente la fuerte impresión de vida y felicidad de aquella tarde, cuando el brazo de la anciana causóle una horrorosa sensación de muerte y de injusticia.

Reflexionando sobre las ideas que habiale provocado aquel contraste patético, reconocía que no era ni tan ruin ni tan débil para contemplar impasible é inactivo anomalías semejantes. ¡El artista con toda la efusión de su alma, iba sintiendo que no la poseía huérfana del sentimiento sublime de solidaridad!...

Por fin llegó Osvaldo á las puertas de la población y se confundió con la multitud profundamente reconcentrado en sí mismo y prometiéndose entregarse con todas las energías de su ser, á la magna realización del Arte por la redención y la dignificación de los humanos.

R. BLANC.

EL VERBO

La palabra, espíritu de la ciencia, es la antorcha de la vida que uno á otro nos trasmitimos para dejar siempre latente en el espíritu humano, la glorificación del arte y el vivificador ether de las verdades positivas.

Si como Prometeo es cautiva, como Hércules se remonta muy frecuentemente á los más enardecidos heroísmos, hasta hacer brotar apóstoles de las piedras frías. La palabra, con esa fuerza mágica que la impulsa, vá y viene, sube y baja, huye y vuelve hasta que evaporándose en el misterio, rompe el mito, destruye y pulveriza todos los recipientes legendarios y proféticos que la aprisionaban, apareciendo en vez de pesada, confusa, tímida, perezosa é indeterminable, en incesante, irresistible é incontrarrestable. Hoy alma de la opinión, es, palanca poderosísima, ariete inexpugnable en el que gloriosamente se ostentan los esfuerzos de la Ciencia, poder absoluto de las venideras sociedades.

La idea madre que Moisés, Homero y Herodoto reconocieron en la pagoda de Eklinga, en el Ramsegon de Egipto, en el templo de Salomón y que su reaparición más tarde ofrecióse cultivada, visible y palpable en los frontispicios de catedrales, cuyas riquezas arquitectónicas y esculturales, cual gigantes de cien cabe-

zas, absorbían el espíritu de aquellos siglos que cierra la Edad Media, ciérnese en el siglo XV, á pesar de todos los obstáculos, hasta encarnarse con la gigantesca y maravillosa obra de Guttemberg.

Sorprendidos los poderes absolutos ante el portavoz de la idea revolucionaria, que se traslucía en el seno de tan exuberante progreso, cargáronla de trabas y cortapisas, y doquiera asomaba, insidiosos, atrabiliarios y suspicaces censores evidenciaban su rigor con arreglo á arbitrarios códigos. Pero como el pensamiento propende constantemente á manifestarse á pesar de todos los castigos y de todas las persecuciones, de la propia manera que las aguas tienden á buscar su nivel en el charco que las contiene, así la palabra brotando allí, apareciendo allá, exteriorizándose siempre, ha ido ganando poco á poco la conciencia de los pueblos. Crécese, multiplicase, volatilízase hasta mover á la humanidad entera, renovando sus cimientos, socavando la fé, destronando la creencia y sacudiendo el yugo de Roma y de todos los papados.

Y esta palabra, no es aquella que en todas las situaciones atiende al método, á la exposición, á la forma, no; esta palabra haría languidecer el verbo: la idea madre que escribe en el gran libro de las humanidades, que es la expresión fiel del hombre en sus diversas edades palidecería, sentiríase penosamente abrumada con el pesado bagaje de los recuerdos del género humano y desaparecería por último como los troncos bajo el follaje. Palabra petrificada, tenebrosa, dogmática que únicamente los iniciados saben descifrar.

La palabra que se ofrece á los esfuerzos modernos, es aquella, que, después de haber roto el valladar impertinente que le privaba de bañarse en la pura luz de los rayos de la ciencia, vive libre de ridículos encajamientos, de incomprensibles dobleces, que no puede ser encarcelada ni fusilada, es la palabra de la imaginación, de la poesía, es la obra invencible, imperfecta que un día cayó estrepitosamente de las manos del sacerdote y oscilando desde la alta cumbre de los campanarios, fué rodando por el palacio real, Consejos, Cámara de Diputados, Tribunales, Academias, Colegios, Museos, Teatros, Cuarteles, siendo recibida en las manos del pueblo. Cada palabra encuentra un filósofo. Cada idea su adecuado verbo, Cada verbo su mártir. Junto al ideal luminoso la grande idea viva. Demoler y edificar. Esto pretende el pueblo; está en su derecho.

Los adelantos de la Ciencia, los admirables progresos de la Química, de la Fisiología, de la raza humana ayúdanle magníficamente en todas ocasiones á edificar la verdadera obra de la civilización, salvando el abismo que cantó Becquer y á cuyo borde desde Porfirio á Voltaire hasta nuestros eruditos, han desahogado sus escepticismos y sus perplejidades.

Colosal empresa, augusto seguro y sólido refugio de que ha carecido el progreso en los grandes acontecimientos sociales, falta por la cual la humanidad ha ascendido siempre de sacudida en sacudida con todo el espantoso séquito de atrocidades.

El hombre cual verdadero Prometeo, ante los horrores que indistintamente le han esclavizado, lánzase en todas las edades, desde las más remotas, por entre el desierto de vencidas y ultrajadas esperanzas, ansioso de fuerzas, de vigor y de saber. Desde la *pedra alzada* de los Celtas, vémosle descender hasta la Siberia asiática y remontarse vertiginosamente en las pampas de América; cruza por su mente luminosa idea, elevado instinto y horrorizado por el inmovilismo en que

yacen millones y millones de seres, arranca de la investigación el símbolo de las primeras razas. Tarde ó temprano debía el hombre fijar su primera idea de progreso, impulsado por las propias leyes que rigen maravillosamente su fuero interno y lo consigue tras la destrucción del paganismo, la sumersión de los bárbaros, escribiendo sobre las humeantes cenizas de aquellos esclavizados pueblos, los mandamientos de la humanidad.

No obstante este movimiento de perfección cuyos reflejos clarearon el horizonte del porvenir humano, vióse pobremente secundado por la cómprimida imaginación de quienes, luchando por una necesidad moral que sentían, no llegaban á comprenderla.

Sumergido en el caos de la ignorancia el cerebro popular, muy pronto los oprobios del paganismo fueron sustituidos por el sacrificio y la inmolación más estupenda. Ante este nuevo insulto inferido miserablemente al derecho humano, el verbo, la idea madre sutilizándose para escapar de los caprichos de su eterno verdugo, renueva sus esfuerzos, agrupa todas las voluntades esparcidas por el universo y mostrando potencialidad, reclama por sus víctimas. De ahí la lucha desapiadada y eterna.

La palabra ya no se niega, como afirmaba Becquer, á salvar el abismo que existe entre el mundo de la idea y el de la forma, pero hay que dotarla de otros más potentes aparatos científicos que la conduzcan á realizar noblemente su propio impulso, es decir, salvar el abismo.

El fonógrafo y el kinetoscopio quizá pudieran dar una idea más positiva de semejante propósito. La vibración de la palabra hablada trasladada á las regiones más apartadas por medio fácil y con sencilla economía ahorraría á la humanidad cruentes sacrificios y hondas perturbaciones.

De conseguirse, hermosos destellos de luz iluminarían nuestra frente. Todos los poderes que existen en la tierra aparecerían confundidos dichosamente en uno, *el poder inteligente*, y entonces, sólo entonces la libertad veríase libre de torpes acechanzas y no nos veríamos en el triste y desesperado trance de aborrecer á nuestros hijos y hermanos que iracundos y desenfrenados y ensangrentadas sus manos hostigan y perturban la sosegada marcha del progreso. La palabra no se podría ahogar con el hombre ni acabaría con él.

LEOPOLDO BONAFULLA.

CUENTOS DE AMOR

VI

A un lado, bonito jardín cuidado por niña encantadora; al otro, viejo olivar que riega el sudor de gallardo mancebo.

La tapia tan baja que mientras la joven cultiva sus flores y el doncel sureño su campo, aprecian las cualidades bellas que ambos reúnen. ¡Qué dulce la sonrisa del labrador! ¡Qué gracioso el saludo de la floricultora! Después ¡cómo no satisfacer los deseos de unos corazones que lo sienten tan fuertemente. No es de extrañar que ella asomada á la tapia y él apoyado en el azada, canten salmos al amor. Cuéntanse cuitas y quererres, ilusiones y desengaños, anhelos y deadichas; colo-

quiu eterno é infinito que concluye con un beso en la mano y una rosa en el ojal. Los días no eran días para nuestros amantes. Componíanse únicamente de aurora y crepúsculo. Con las demás horas hacía de las suyas un niño juguetón que se llama amor.

Andújar *se enteró* por los traviesos chicos del alguacil. Fueron á coger espárragos y observaron que Gregorio tenía entre las suyas la mano de Angela. El padre de la joven supo de tales amores, porque la tía Gertrudis, beata murmuradora, acertó á voltear la tapia y vió cosas propias del dominio. A D. Ramón las contó al momento. Era este, viejo, rico, gruñón y avaro y prohibió á su hija que hablara poco ni mucho con un pobre jornalero, vago por más señas.

Es lo que el viejo decía: ¡Pues no quisiera el muy gandul que los ricos le diéramos la mitad de nuestra hacienda para pasar todo el día en la taberna!

—¡Pero papá, si no bebe, si es muy trabajador!

—Silencio. Yo digo lo que sé y sé lo que digo. Es un rufián como todos los demagogos. Si continúas estas malditas relaciones te mandaré á París á vivir con tus tías.

El amor soltó la luz y acaparó la obscuridad. Las noches pasaban en un abrir y cerrar de ojos. Antes los enamorados jóvenes se veían de sol á sol y teniendo la tapia de por medio; después hablaban de noche sin que entre unos y otros labios y unos y otros pechos se interpusiera otra cosa que su voluntad.

—Pues es preciso salir de esta situación.

Hablaré con tu padre mañana mismo.

Quiero tu persona, no sus bienes. Buen genio el mío para mendigar mercedes. Contigo y mis brazos á todas partes.

—No vayas á verle. Te trataría mal y tú tienes un carácter que ¡ya ya! No quiero que vayas, oyes, no quiero. Lo echarás todo á perder.

—¿Qué hacer, pues? ¿Huyamos? En Algeciras tengo un hermano casado. ¿Te gustaría vivir con su familia?

—¡Qué cosas dices Gregorio! ¿Cómo propones semejante disparate á una persona de mi posición y de mi honradez? Primero el suicidio. Dado el modo de ser de mi padre el arreglo es muy difícil. Por lo demás, sin tí ¿para qué quiero la vida? ¿Qué haremos de ella separados el uno del otro?

¿Suicidámonos? La muerte es muy hermosa y heroica en estos casos.

—¿Te has vuelto loca Angela? ¡Morir!

Tengo mucho que hacer en este mundo.

Lees novelas ¿verdad? Déjate de romanticismos. Hablaré con tu padre, prometo oírle impasible. Si se opone á nuestro amor obraremos como si estuviéramos solos. Esta es mi opinión. Suicidándonos ¿qué ganaríamos? Tú misma habrías de arrepentirte si pudieras; lo harían todos los amantes que han cometido locuras iguales. Si las riñeas no permiten nuestro querer, prescindamos de ellas. Al fin y al cabo la oposición de D. Ramón reconoce por causa mi pobreza. ¿Lo es la vida de nuestra desdicha? No. ¿Por qué quitárnosla? ¿Con qué obstáculo toparía nuestro amor de no existir la propiedad individual? Pues á ella hay que declarar la guerra; no á nuestros cuerpos. No me suicido ni contigo ni sin tí.

—Por mi amor ¿no llegarías á la muerte?

—No.

—¿No, dices? ¡Tú no me amas! Lee «Julieta y Romeo», lee «Los Amantes de Teruel», lee....

—¡Angela, Angela, te desconozco! ¿Por qué ejemplarte con los que se mataron por no despreciar las preocupaciones del mundo? ¿Por qué no conservar la vida para combatir las causas de nuestra desgracia? ¿Por qué no satisfacer nuestro espíritu y nuestro cuerpo contra el parecer del mundo entero? Escucha mi promesa: mía pobre ó rica, con ó sin el consentimiento de tu padre; tuyo contra preocupaciones y riquezas.

Abrióse con estrépito la puerta que daba acceso al jardín y apareció el viejo de D. Ramón que andaba loco buscando á su hija. Gregorio al verle lejos de huir, hizo frente al peligro.

—Nos amamos y queremos casarnos.

No hay necesidad de que V. dote á su hija.

—¡Socorro! ¡ladrones! ¡qué me roban! esta fué la contesta del futuro suegro.

Saltó la tapia Gregorio y se fué á descansar tranquilamente.

Por la mañana un amigo suyo, jornalero de D. Ramón, le entregó un papel que decía :

«Gregorio mío: Mañana me llevan á Paris. Sin tí no puedo soportar la vida. ¿Quieres venir conmigo al otro mundo? Te aguarda tu
Angela».

Gregorio contestó esta misiva con la siguiente :

«Prenda adorada: Mucho te amo, pero es mayor el amor que siento por mi vida. Si quieres huir conmigo no faltaré ni jamás te faltaré mi apoyo. Para matarme no voy á ninguna parte. Si no contestas lo interpretaré en sentido negativo». Siempre tuyo.

Gregorio.

Marchó á Paris Angela; un año estuvo sin novio, horrósele al fin el recuerdo de su amante y como es de suponer, la idea del suicidio; enamoróse después locamente como si Gregorio jamás hubiese existido y contrajo matrimonio con un capitán de ejército francés muy calavera y amigo del escándalo. Como á todo se acostumbra el animal humano, Angela se acostumbró también á la vida que obligaba las costumbres de su marido. Muerto más tarde D. Ramón regresó solo á Andújar para tomar posesión de sus bienes.

¿Qué hacía Gregorio entre tanto?

Por el pueblo murmuraban malas lenguas que cuidaba el jardinillo de Angela como si fuera las niñas de sus ojos. Gregorio siempre negó tal especie, pero nosotros sabemos que cuando creía no ser visto saltaba la tapia y oculto entre el ramaje pasaba el tiempo feliz embelleciendo el sitio que le recordaba el afecto más grande de su ser. Esto contaron á Angela antiguas amigas cuando al pueblo regresó. Tomólo á broma la interesada, pero mostró deseos de hablar con su antiguo amante. Había hermosado el jardín. Además debía la vida á Gregorio. *¿Cómo recompensar favores tan grandes!*

Arando el viejo olivar encontrábase el labrador cuando se le avisó que Angela deseaba hablarle. Esta aguardaba á la puerta; Gregorio se fué á la tapia.

—Decídele que entre por el portal.

—Diga. V. á su señora que si quiere hablar conmigo ha de ser por la tapia.

Angela tuvo que ceder y á la tapia se fué.

—Sube Gregorio, hablaremos en el salón. ¿Te has acordado mucho de mí?

—¡En el salón! ¿Qué dirá la gente?

—¿Se preocupa alguien de la gente?

Cubramos las apariencias y.....

Sube, comeremos juntos. ¿Quién va á creer que tú....

—Engañe V., si quiere, al mundo que no supo despreciar. Gregorio si no tiene preocupaciones, tampoco es hipócrita.

UN TRIMARDIEUR.



SECCION LIBRE

SEMPAU Y PORTAS

La absolución de que ha sido objeto Sempau por parte del jurado, ha vuelto á poner sobre el tapete los martirios de Montjuich.

Cuando á últimos del 96 nadie escuchaba los desgarradores lamentos que salían de las entrañas del funesto y maldito castillo, el alma de unos pocos espíritus generosos caían hechos pedazos al ver tanta indiferencia ante tanta desgracia. Después hablaron los martirizados por medio de El Progreso, El Pais y El Nuevo Régimen y España toda tomó á partido la causa de las víctimas

Es tan formidable hoy la opinión contra los verdugos que un Jurado *puede absolver á Sempau estando suspendidas las garantías constitucionales* y la censura militar permite la publicación de párrafos como los siguientes, que tomo de un artículo firmado por Blasco Ibañez.

«Con motivo del proceso de Sempau que acaba de verse en Barcelona han salido otra vez á la superficie los horrores cometidos en el castillo de Montjuich.

Sempau, un joven de vastísima ilustración, periodista brillante que en defensa propia disparó contra el odioso teniente Portas, según acaba de reconocerlo el jurado dictando veredicto de inculpabilidad, ha manifestado ante el tribunal los tormentos que sufrían en Montjuich los centenares de individuos presos como supuestos autores de la explosión en la calle de Cambios Nuevos y los excesos que se permitía el esbirro Portas.

Comprendemos que el jurado haya absuelto á Sempau. Basta que un hombre declare ante un tribunal honrado que obró á impulsos de la indignación causada por el relato de los crímenes de Montjuich, para que al momento ese tribunal le absuelva.

Y es que España entera está avergonzada de los infames espectáculos de ferocidad que hemos dado al mundo en estos últimos años.

¡Aún soñábamos con que Europa se pusiera al lado nuestro en la contienda que sosteníamos con los Estados Unidos!.. ¿Cómo? ¿porqué?

Paris es el cerebro de Europa: allí se forja la opinión continental, allí se abren las compuertas por donde salen los vientos de simpatía y antipatía para las naciones. Y en ese Paris estuvo representándose durante todo el año pasado un drama

ruidosísimo, *Les mauvais bergères* (Los malos pastores) de Octavio Mirbeau. En ese drama, el público parisién lloraba oyendo el relato de su protagonista, un obrero ilustrado y revolucionario que hablaba de los tormentos sufridos en los calabozos de Barcelona, como un explorador de Marruecos hablaría de las cárceles de Fez, ó Stanley de los sacrificios en las tribus del centro de Africa:»

Consoladores síntomas para los amantes de la justicia. Los autores de actos negros como su alma y amargos como su hiel, habrán de verse donde los condujo su sed de sangre y sus fanatismos de sectario.

GALCERÁN.

¿POR QUÉ?

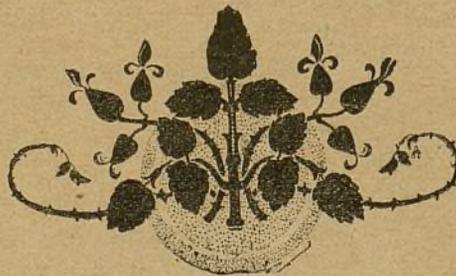
Un perro de presa devoraba un trozo de carne y al pasar yo cerca de él, exhaló un prolongado gruñido... ¿Por qué?

Fui á la oficina del banquero y vi caudales en una caja tremenda con cuatro grandes pestillos... ¿Por qué?

Porque sin el bien general el particular es imposible.

CAYETANO TRIVIÑO

Gijón.



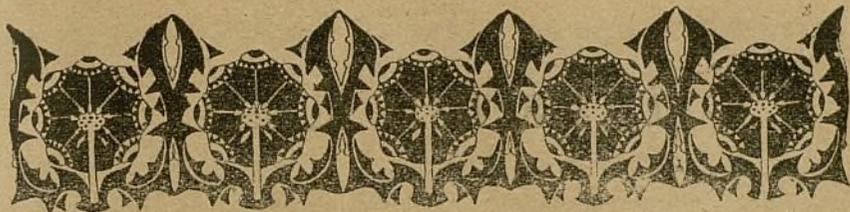
PENSAMIENTOS

Las ideas que no se persiguen no fructifican; crecen regándolas con sangre. La planta del verdugo es un excelente abono.

Justicia no es dar al hombre lo que merece, sino darle lo que necesita: tener lo necesario hace justos y justicia á los hombres.

Este conoce todo lo que el hombre ha inventado; estotro todo lo que el ser humano ha sufrido. ¿Cuál de ambos es más útil á sus semejantes?

U.



TRIBUNA DEL OBRERO

NADIE POR FUERZA

El hombre es el rey de la Naturaleza.

Bajo este punto de vista, nadie le obliga, es libre; para ser libres nacemos y en el mundo solo buscamos la libertad.

¿A qué, pues, obligar al hombre á contribuir en las filas de un ejército?

Yo entiendo que la civilización, la ciencia y el humanismo, no deben permitir el servicio militar obligatorio.

¿Quién defenderá al pueblo? El pueblo mismo.

El militarismo es una carrera como cualquiera otra.

De la misma manera que el Estado no obliga á que seamos carpinteros, herreros, medicos, etc., etc., tampoco debe obligar á que seamos militares. El que nace para serlo lo será, pero nunca un hombre puede exigir de otro defender lo que quizá en su fuero interno no quisiera.

ALFONSO MASERAS GALTÉS

Barcelona.

IDEAL

Es preciso aprender é inspirarse en los buenos modelos. Eso dicen á sus discípulos los profesores de las artes liberales. El sociólogo moderno dice: es preciso ejemplarnos en la naturaleza el más sabio de todos los maestros.

En ningún rincón del mundo son extranjeros Miguel Angel, Rafael de Urbino, Ribera, Murillo, Cervantes, Camoens, Calderón, Dante y Shakespeare. Para nada se toma en cuenta ni sus creencias ni sus defectos. El arte todo lo glorifica, el genio todo lo borra, fronteras, religiones y conductas. Lo mismo acontece con los apóstoles de la ciencia. Enorme es la diferencia de ideas entre Darwin y Pascal, y sin embargo, la ciencia los ha unido y unidos los trasporta á la posteridad.

Los sociólogos quieren unir á todos los hombres sin distinción de idea ni de creencias, trasformando la sociedad y haciéndola benéfica para todos. Dicen el arte es de todos, la ciencia es de todos, el sol es de todos, el aire es de todos; ha de serlo la tierra también.

La naturaleza es el mejor modelo del hombre y ella ni hace esclavos ni hace señores.

Valladolid.

LA TRALLA.

Á LA REVISTA BLANCA

Yo te saludo ¡oh antorcha del progreso! á tí que has sabido interpretar la necesidad que sufría nuestro cerebro; tú que has sabido conquistarte el puesto que en justicia te corresponde en la gran tribuna de la prensa instructiva.

Yo te envío mi más sincera adhesión, mi más entusiasta aplauso, pues al haberlo así, completo la inmensa satisfacción que siento en mí, ante la lectura de tus inspiradas páginas, puro derroche de ciencia y sabiduría.

Cumpliendo, al mismo tiempo, un deber de compañerismo, hago extensiva esta mi demostración de afecto. á cuantos dignos campeones, cooperan con su pluma á darte vida.

Mucho aprenden en tí aquellos que sienten verdadero amor al progreso; puesto que en medio de la densidad de las tinieblas que envolvían nuestro cerebro, ha surgido el rayo vivificante de luz que necesitaba pudiendo decir que tu aparición en el estadio de la prensa, ha rasgado el velo que impedía llegara la luz á nosotros.

Ante vosotros, redactores de LA REVISTA BLANCA, quedan muy por bajo aquellos que, aparentando ser regeneradores, predicán la conveniencia de no alterar el sistema constituido, viniendo, por consiguiente, á quedar reducidos á la categoría de ignorantes aprendices.

Mucho pueden estos aprender en tus escritos si sienten en verdad amor por la instrucción, puesto que has sabido conquistarte el primer puesto entre la prensa útil.

Tu publicación es moderna, pero no decae, no, no decaerá, tampoco, mientras te alimenten con sus producciones, estos hombres mismos que hoy lo hacen, y cuya reputación y saber tienen altamente sentados.

Deseóte larga vida, constancia y valor para llegar al fin de tus propósitos, que no son otros que alcanzar por la instrucción, la redención del que vive esclavizado; la regeneración del obrero al par que la de la humanidad.

J. FERNANDEZ.

Murcia.

NOTA LITERARIA

La índole de LA REVISTA BLANCA no permite rechazar ningún trabajo, sea cual fuere la doctrina sustentada y la forma del escrito. El original que se nos ha acumulado á consecuencia de este criterio es tan numeroso, que hemos de advertir á nuestros colaboradores no se impacienten si tardan en ver publicados sus trabajos. Todos verán la luz por riguroso turno. Lo que sí suplicamos, particularmente á aquellos que escriben para la «Tribuna del obrero», no den á sus artículos demasiadas dimensiones, al objeto de que LA REVISTA BLANCA pueda complacer á mayor número de trabajadores.